

de familia, supiera dar educación á su hija, la consentiría de una manera tal, que refluje en perjuicio de la misma sociedad, en la que ya de antemano tiene arruinada la familia á que se ha de unir algun día? y si V., señor casado, no fuera débil, no podría hacer que su consorte entrara en cuentas consigo misma y moderara sus gastos? Ea, pues, no culpemós á los pobres *Liceadores*, permítaseme esta espresión, porque ellos hacen lo que todos, escribir, y que han de escribir? lo que sea bastante á complacer á todos con utilidad.

A unos les agrada un artículo biográfico, ó en general histórico, á otros uno novelesco, á estos una poesía, muchos solo se suscribirían por las estampas, otros por parecer amantes de las bellas letras, aquellos por complacer á un amigo; y así, en fin, todos por diversas causas, y el pobre escritor que satisfaga tan encon-

dos gustos, y luego si á la hora precisa no tiene nada escrito, si está solo... estos son sudores: en mala hora *pica bien á mala espina* y *bien pica otra espina*, y luego dicen que dos alessnas no se pican. ¡Si? pues preguntémoslo á mí, que temo ya por momentos que venga el artista, y cuando estoy acabando este artículo que emprendí al fin escribir, me van saliendo con que su introducción es muy semejante á la de otro que escribí en el *Mosaico* el señor Pacheco; pero no me arredro, protesto que de ese periódico poco conozco, y aun eso poco, algun tiempo hace que lo vi, y no recuerdo por cierto haber visto nunca el dicho artículo; pero pues si creen que es plágio, que lo crean, lo siento, y no puedo decir mas; ¡pues qué debí hacer ahora? ya no hay remedio, es tarde, y así, paciencia y barajar.

PARLANCHIN.

OTRO POETA.

Un violento amor á la literatura, y en particular á la poesia, á esa fuente encantada de placeres, arde en los corazones de los jóvenes mexicanos, y los hermosos cantos con que á cada momento halagan nuestro oído, manifiestan claramente el entusiasmo que con mas ó ménos génio brilla en todos. Cada dia se vé aparecer un nuevo poeta que viene con sus hermanos á pulsar la lira y á cumplir la mision que le fué confiada.—Cantar la religion, el amor, la poesia. Por todas partes se escuchan ya los suaves y melancólicos ayes del uno, ya los cantos guerreros del otro, ya la tímida y religiosa plegaria que por entre el humo del incienso eleva á Dios el hombre miserable; ya en fin, multitud de acentos armoniosos como los trinos del conzontle, fiel espresion de los sentimientos del alma agitada, que conmueven el corazón de los que escuchan y arrancan algunas veces dulce llanto, que es la mejor recompensa del poeta.

Con placer vivísimo vemos á nuestra juventud corriendo siempre en pos de los laureles literarios por el difícil camino que pisaron primero hombres esclarecidos, honor de su patria, y que dejaron de su génio brillantes é inmortales muestras. Pero lo que hoy nos impulsa á escribir este artículo es, la aparicion de un

nuevo poeta á quien sinceramente amamos por su génio, y que será uno de los mas bellos ornamentos de la literatura mexicana.—El jóven D. Manuel Maria de Zamacona.

A la generosidad de un amigo debemos algunas poesias de este apreciable jóven, miembro de la *Sociedad Literaria de Puebla*, de que ofrecemos hoy una muestra á nuestros lectores y que continuaremos publicando. Rica imaginacion, lenguaje puro, versificación sonora y armoniosa tiene el Sr. de Zamacona. Se percibe en algunas de sus composiciones cierto sabor á los antiguos poetas españoles, y una especialmente de las que poseemos, nos ha hecho recordar con viveza los divinos versos de Fr. Luis de Leon.

Hemos notado sin embargo, aunque pocas veces, algunos versos duros, flojos otros, que es una lastima se encuentren en composiciones tan bellas por otra parte. En la que hoy insertamos por ejemplo, nos disgusta este verso de la segunda estrofa

„y de su sonreir blando“

que se hace duro por la colocacion de los acentos; pero ¿qué son estos pequeños lunares que se hallan compensados con mil bellezas? No bastan para aplicar con justicia el título de poe-

ta al Sr. Zamacona, estos cuatro preciosos versos de la misma composicion?

El que rompió las fuentes del desierto
Y puso allí la protectora palma,
Al arrancar el lloro de mi alma
Tus manos á enjugarlo destino.

Mas pudiéramos citar digno de elogio; pero nos abstenemos de hacerlo para que nuestros lectores juzguen si la alabanza ha sido apasionada, ó si la justicia ha guiado nuestra pluma.

Felicítamos cordialmente á Puebla y á la sociedad de que es miembro el Sr. Zamacona, por tener en su seno á tan recomendable jóven, lo felicitamos á él mismo porque sabe sacar de su laud tan acordados sonos. Siga pulsándolo como hasta aquí, y nosotros, al saludarle con amistad sincera, lo ofrecemos las columnas del *Liceo* y le pronosticamos una gloria, que entendemos comienza á conquistar.—RR.

Á MI AMADA.

Deja piadosa que vea
Ese tu rostro divino,
Mi querida,
Porque alumbra y hermosea
El espinoso camino
De mi vida.

¿Cuanta es de tus lábios bellos
Y de su sonreir blando
La dulzura,
Para quien contempla en ellos
Una copa rebosando
De ventura!

Envidia de las mugeres,
Acorra tu frente bella
A mi frente,
Tú, mi vida, mi ángel eres,
Tú eres la fulgida estrella
De mi mente.

Ya escuchaste de mi boca
Que te adora este cuidado
Infelice:
Hermosa mi pecho toca,
Tambien latiendo agitado
Te lo dice.

Pero dudas de mi fuego
Y sonríes vacilante;
Ah Señora!
Depon la duda te ruego,
Y adora á tu pobre amante
Cual te adora.

Amame, sí, que el fuego de mi pecho
Prenda en el tuyo indiferente y frio;
Quien te arrojó muger al lado mio
Para que me adorasas te arrojó.
El que rompió las fuentes del desierto
Y puso allí la protectora palma,
Al arrancar el lloro de mi alma
Tus manos á enjugarlo destino.

¿Sabes lo que es amar? ¿Sabes cual pasan
Del placer los dulcísimos instantes?
Existir sin amar es morir ántes
De dormir en el fúnebre ataúd.
Amándome verás que tu hermosura
Con el amor recibe nuevas galas,
Verás que del placer bajo las alas
Es la vida perpetua juventud.

La existencia fugaz, este camino
Que de la cuna hacemos á la huesa,
Para el que solitario lo atraviesa,
Es un desierto y hórrido arenal;
Pero si en el hermosa me acompañas
Tendrá el desierto deliciosa sombra,
Y brisa perfumada, y una alfombra
De flores y verdura virginal.

Yo que al pisar la senda de la vida
Pisé tambien sus úsperos abrojos,
Entre penas y llanto de mis ojos
Lo mejor de mis horas consumi;
Mas cobra aliento el náufrago si mira
Estrella precursora de bonanza,
Y así tambien mi débil esperanza
Nuevo aliento cobró cuando te ví.

Si, desde entónces, de mis crudas penas
En la deshecha tempestad sombría,
Has sido tú la estrella que me guia;
No me abandones, hechicera, no.
Amame, que la hoguera de mi pecho
Prenda en el tuyo indiferente y frio;
Quien te arrojó muger al lado mio
Para que me adorasas te arrojó.
Setiembre de 1843.

MANUEL MARIA DE ZAMACONA.

MODAS.

Lindas y apreciables señoritas: ¡Cuál horizonte más bello y vario, que el de gasas y listones, rosas artificiales y sombreros de paja etc. que se venía á las mientes del mosalvete Carlos Laurel, en la comedia intitulada: *Un ramillete y una carta!* Dábale grima sin embargo, por que temia galantear á una modista; y es que á la cuenta, no era el buen sevillano muy afecto á las artes liberales: mi temor al hablarlos, procede de muy diferente causa, como procuraré daros á entender.

Una simple carta de recomendacion del amigo Querubin, no es como observareis á primera vista, un título suficiente para acercarse á la trépole sagrada de la sibila del coquetismo, ó para penetrar en el *Sancta sanctorum*, de la Moda; de esa religion en cuyos misterios solo están iniciados aquellos de nuestro sexo que, como Don Agapito Calabriola y Visencha, se identifican con el vuestro hasta el punto de tejer *mitaines* ó de ensartar primores de avalorio. Y por otra parte, desconocido para vosotras como el hombre sin nombre (aunque os juro que tengo dos, el propio y el postizo) no debe arredrarme la ocurrencia de ambos, cuando ¡oh! femenil flaqueza! hasta la misma Doña Hesperia Pancolote, doncellita vergonzante, con quien en tiempos pasados anduve en dimes y diretes, me desconoce, ingrata y enjuta de memoria, al tratar de una comedia que tuvo la fragilidad de traducir en prosa y verso? Empero afortunadamente que es la tal señorita fea y maldiciente; y pues me dirijo solamente á vosotras, las que sois tan bonitas como amables, espero hallar esta vez la indulgencia, que á pesar del paisanage me negó la doncella irasatlántica.

Por lo que atañe á explicar lo que vieron mis ojos en el druidico templo de la Moda, inspirome osadia el ansia de complaceros, y reanimó mi espíritu la presencia de una de sus sacerdotisas, que me tiende la mano para servirme de *Cicerone*.

Aproximase el Carnaval; con él se acercan las gratas reuniones que, si no tan frecuentes como quisieramos, remplazan en parte esa falta de comedias, provenida del ayuno y abstinencia que se imponen en las catresenas nuestros muy católicos artistas (vulgo) cómicos. Por tal motivo he preferido hablarlos de aquellos trages que mas referencia tienen con tertulias y bailes, como mas adecuados á la época; pero siguiendo la corriente del siglo, he querido *insuflar* la materia con la adjunta litografía, ensayándome así para cuando publique una completa edicion de mis obras, *Ilustrada* conforme á la usansa, con cinco mil láminas grabadas sobre acero, cinco mil viñetas sobre madera, y cinco mil figuritas mas que no sean ni láminas ni viñetas; porque á mi me gusta, sobre todo, la sencillez.

La esbelta señorita, dispuesta para una *soirée* ó tertulia, ha tenido á bien ocultarnos la be-

lla é *bienen faccia*, para dejarnos admirar en toda su plenitud, la elegancia y simplicidad de su tocado; lo esbelto de su cuello de cisne; lo *fashionable* de sus *cueltas á la suiza*, y de su luenga túnica de *gras tornasol de aguas*, con *tabliers* ó delantales de á cuatro por los lados; y en fin, la guarnicion á la *escarola* (de liston del mismo color del tónico) que disfruta de un exclusivismo favorito en materia de adornos. En cuanto á la otra elegante señorita, su actitud, su gesto revelan inmediatamente al ménos conocedor, el paso mas interesante de una cuadrilla ó de una *mazmorra*; mayor complicacion en el peinado: *gola á la Pompadour*, rosa y lazo de liston; tunicela de crespon ó gasa, de color claro ó blanca, flores y cenefa bordadas; fondo de raso; y manga fan corta, como prolongado el pico del corpiño ó peto, á cuya sutill agudeza tiempo es ya de que la *Moda* diga como Dios al mar: De aquí no pasarás.

Sin duda que la creacion mas sorprendente de la época, la concepcion mas épica de la Moda es la *gola á la Pompadour*, que bien merece el nombre de la célebre señora, cuyas aventuras nos hace recordar. Mas atrás tuvimos el gusto de admirar en el taller de Madama Virginia Gourgues, una destinada á cierta elegante *dameigella*, y desde entónces pronosticamos que excitaria grandemente la atencion; lo cual es por cierto el primer sintoma de toda predileccion femenil.

Si la maldita política, es decir, lo mas insustancial, ha ocasionado á veces el atraso con que reciben las modistas de Plateros los diseños ó figurines de Paris, ¡qué será ahora, que vienen por esos mares los Ingleses con buques y catones, mas que sobrados para arredrar á las timidas vestales de la Moda! De fé que si hay bloqueo, no entrará el mas angosto figurin ni por recomendaciones ni por súplicas del bello sexo; pues ciertamente no es la amabilidad el fuerte de los Ingleses. ¡Y se quejarán luego si el pais no progresa, si está en *stata qui...* Efectivamente, de la guerra con los bretones resultará que la Moda, el mas importante de los conocimientos humanos y el mas vital para las sociedades, lo que hay de mas móvil en la naturaleza, como que es hija legítima de la fantasia de los Parisienses y hermanita carnal del aire, se quede sin remedio estacionario. Consolaos, no obstante, ¡bellas señoritas! porque cualquiera que sea la suerte que corra la Moda en los futuros vaivenes, siempre dareis que envidiar á la misma Elena, aunque este siglo positivista y material produzca en vez de galones como Paris, comerciantes de peso y pesos, empleados famélicos, militares estúpidos y poetas trapalones.

Recibid las finas expresiones del ausente Querubin, y el respetuoso rendimiento de nuestro amartelado adorador, admirador y servidor.

JUAN SOPILLLO.

Coco Mexicano.



Modas.

Lito. en la calle de la Palma n.º 4.

EL WALTZ.

POEMA ROMANTICO.

Nova monstra creavit.
OVID.

I.

LA INTROD-INVOCACION.

Oid, oid alentos el vate furibundo
que ensalza entusiasmado el resonante waltz;
oidle, oidle alentos, que con clamor profundo
en tres por cuatro quiere cantaros su compás.

A los melifluos ceos de su prosáica lira
sentiréis en el pecho el corazón latir;
acataréis el núnem que horrisono le inspira,
y tremendos secretos veréisle descubrir.

El waltz es un misterio, terrible logogrifo
que trajo de Alemania Terpsicore veloz,
y es mucho mas terrible el consonante en *ifo*
pues ese primer verso sudores me causó.

Pero vamos al grano, y apóstrofe sonora
salude dignamente al rápido girar
que ha entrado en las tertulias cual caja de
(Pandora
de amantes y maridos á producir el mal.

Salve, danza modesta, pudorosa, sencilla,
que la vetusta gente contempla con horror,
tú que haces á las bellas cual perros en trailla
surcar con rauda planta el suelo del salón.

Tus glorias reconoce el *Jandy* almibarado
y adora fervoroso tu esencia celestial;
por eso cuando brinca con una *hursi* enlazado,
el baile de San Vito parece que le da.

La tímida doncella realizados mira
sus púdicos ensueños, palpita de placer;
cuando de un lechuguino entre los brazos gira,
se juzga poseedora del encantado Eden.

Busquemos otro metro, que ya este me ha
(cansado
sus sílabas catorce, su golpeo infernal,
y tengo para mí, aunque es juicio avanzado,
que de Endor la sibila en él debió cantar.

Tom. 1.

II.

EL GEMIDO DEL POETA.

¿Pero qué metro escoger?
Versificar no es mi fuerte,
y reniego de mi suerte
que en esto me ha ido á meter.

¿Escribiré redondillas,
ó me explicaré en tercetos?
No, mejor será en cuartetos
y despues en seguidillas.

¿Seguidillas! ¡bueno va!
¿Qué has dicho, triste coplero?
tu raquitico tintero
ese fruto no dará.

¿Por qué nó, Señor Aristarco?
El mas necio de hoy en día
enseñará astronomía
hasta al mismísimo Hiparco,

Y mas fácil es por cierto
hacer hoy una comedia,
que lo fuera en la edad medea
el desfacer un entuerto.

Sin que me dé calorío
desempeñaré mi asunto
y lo he de llevar á punto
pesiatal, amigo mio.

Mi objeto no es cualquier cosa
pues que elogio la pirueta
que ocupa de la coqueta
toda la vida afanosa.

En el baile es donde arroja
sus mas aceradas flechas,
pues nunca tristes endechas
ha de inspirar una coja.

16

¿Y si ese baile es el waltz?
¿En ese íntimo contacto
el mas embotado tacto
no se siente trastornar?

PARENTESIS.

(Waltz no tiene consonante,
y viéndome en tal aprieto
¿qué hago? al lector no respeto
y le emboco un asonante.)

Mas de mi asunto me alejo
y medice mi interior
QUE ESTA EMPRESA ES SUPERIOR
A LAS FUERZAS DE UN GOZQUEJO.

Perdóname, buen Iriarte,
si esos versos me he tomado:
ya no se pide prestado
y he tenido que robarte.

Mas anudemos el hilo
de mi cortado discurso;
ya no queda mas recurso
que ennoblecer el estilo.

Escuchen al poetastro
que desembucha cuartetos,
tan sonoros, tan completos
como Bermudez de Castro.

III.

LA CREACION DEL WALTZ.

MISTERIO NOCTURNO.

Una cosa tenebrosa; hecha por
hombres tenebrosos.]

VICTOR NEGRO.—LUCRECIA BORGIA.

Era de noche y al fulgor del rayo
allá del Hartz en la elevada cima
un miserable artista de obra prima
contaba sus desgracias á Satan.

„Pobre esloy, y desnudo”, le decía,
„mi muger y chiquillos no han comido
„chillan, y me atormenta su chillido,
„como al manchego el ruido del batan.

„Los bailes mesurados de este siglo
„no hacen mella ninguna en los calzados,
„por débiles que salgan y apretados
„no he logrado abreviar su duracion.
„Tú me puedes salvar, ángel caido,
„y haremos uno y otro un buen negocio,
„yo el hambre dejaré, dejaré el ocio,
„tú contarás con otra tentacion.

„A ello pues, devánate los sesos,
„apura tu diabólico caletre,

„Á las salas consigne que ponetre
„algun baile infernal digno de tí.
„Un baile acreo, cual la danza rápida
„con que las brujas suelen saludarte,
„una danza en que puedas contemplarte,
„retratado con místico buril.”

El hijo de Crispin calló aterrado;
frunció Lutzel el negro sobrecejo
y miró al miserable animalejo
que imploraba sumiso su piedad.
Sacudió sus guedejas y un bufido
lanzó que estremecer hizo los valles,
y los perros ahullaron por las calles,
y las viejas liuyeron del hogar.

Y los gallos cantaron, y al estruendo
de sus cuevas salieron los chacales,
con otras varias clases de animales,
que no es del caso enumerar aquí.
Del Tartaro en el fondo los demonios
esclamaron: ¡que viva el zapatero!
Este con rostro grave y lastimero
triste esperaba de su vida el fin.

„Cual lo pides será,” dijo el diablo,
„privilegio esclusivo te concedo;
„de la danza infernal con un remedo
„los calzados muy poco han de durar.
„Entónces nadarás en la abundancia,
„y cuando llegue tu postrer instante
„colocado en un carro de diamante
„en triunfo hasta mi trono bajarás.”

Calló Satan, y el zapatero triste
respondió que bastaba el privilegio,
que se omitiese el aparato régio
pues que no le agradaba descender.
Que era escusado el diamantino carro,
que habitar el infierno no queria,
que de un oculto mal adolecia
que pudiera el calor reerudecer.

Respondióle el diablo que era inútil
su gran delicadeza y su pavora
que iba á un sitio de gloria y de ventura
en donde le esperaban goces mil.
Que allí se le aguardaba el digno premio
de su noble invencion, que allí veria
el galardón que merecido habia,
del infierno encerrado en el confin.

Entre nubes de azufre y de pez negra
despareció su magestad satánica,
y á guisa de estudiante de botánica
mirando al suelo el Sutor se quedó.
Mas luego á su dolor dió rienda suelta

Sicco Mexicano.



EL LICENCIADO D. MARIANO VEYTIA.

en la siguiente endemoniada trova;
de ripio tiene mas de media arroba
y esto es que el zapatero se pulió.

Por procurar el sustento
en un zarzal me he metido
¡Ay de mí!

Un perdurable tormento
á conseguir he venido
hasta aquí.

Ya de los bailes reniego
y de los rotos calzados
que á fé mia,
es preferible el pastiego
á los ricos potentados.
¿Quién diría

que el ver mis votos cumplidos
me causaría dolor?

Sin embargo,
exhalo tristes gemidos
y es de luto y de terror
mi letargo.

IV.

LA INTERRUPCION DESAGRADABLE.

¿Se encuentra vd. con valor
para espetarnos entera
la elegía lastimera
del zapatero hablador?

Nos damos por satisfechos
con lo que lleva ya dicho,
y sepa vd., pobre bicho,
que nos deja muy mal trechos.

V.

LA CONDESCENDENCIA.

Pues señor, si vd. insiste,
aquí dará fin el canto,
que si no la risa, el llanto
ha de arrancar al mas triste.
Mas si alguien á esto resiste
porque de extremos no guste,
y llorar, reír le asuste,
mucho temo que algun cólico,
fiero presente diabólico,
las cuentas al vate ajuste.

México, enero 21 de 1844.—AGUSTIN A. FRANCO.

BIOGRAFIA MEXICANA.

EL LICENCIADO DON MARIANO VEYTIA.

SEr cronista de un hombre que por su ingenio, por su saber ó sus virtudes, se ha hecho digno de ocupar una página en los anales políticos ó literarios de una nación, es tarea, si bien un tanto penosa, útil también, y en extremo agradable; pero ¿cuánto sube de punto este contento, con qué facilidad corre la pluma, cuando al consignar en el papel los títulos que tiene á la gloria aquel cuya vida se escribe, recuerda el biógrafo que ambos son hijos de una misma patria! entónces el entusiasmo se aumenta, el raciocinio como que se suspende, y habla tan solo el corazón.

El amor propio, el orgullo, el espíritu de nacionalidad, acallan cualquier otro sentimiento y se enseñorean del escritor. Muy sencilla es la esplicacion de este fenómeno: cuando se recuerdan los hechos de un grande hombre extranjero, el interés que excita en nosotros es comun á la humanidad entera, y por consiguiente, es mas débil; pero cuando á su talento ó sus virtudes se añade la circunstancia de ser un compatriota, entónces el interés se concentra y puede llegar á ser un verdadero entusiasmo: entusiasmo proveniente de un noble orgullo, pues la gloria que resulta á la perso-

na de quien se escribe, juzgamos que refleja sobre nosotros, que nacimos en el mismo suelo, y que en cierta manera es cosa nuestra.

He aquí precisamente lo que sucede al que esto escribe. Admirador entusiasta de los grandes hombres de su país, ardiendo en deseos de popularizar la memoria de algunos de ellos, ha escogido al laborioso y sábio historiador D. Mariano Veytia, poseído de un engrandecimiento sin ejemplo al bosquejar las principales circunstancias de la vida de este ilustre escritor, que tomó á su cargo la noble cuanto difícil empresa de rasgar el velo que ocultaba, tanto á propios como á extraños, los primeros y gloriosos tiempos de la nación azteca.

La historia que escribió en efecto, hasta sola para hacer su elogio; por ella se conoce al escritor; pero es indispensable conocer tambien al viajero, al abogado, al anticuario, y al padre de familia.

Nació, pues, el Lic. D. Mariano Veytia, en la ciudad de Puebla, á 16 de julio de 1718, y fué bautizado en la parroquia del Sagrario el 19 del propio mes de julio, por el prebendado de aquella Catedral, D. Antonio Salas Navarro, habiendo sido su padrino el capitán D. Sebastian Echeverría y Orcolaga.

Manifiesto desde muy niño gran talento y singular aplicacion, en términos, de que á los quince años, es decir, el de 1733, recibió en la Universidad el grado de Bachiller en filosofía, despues de haber sustentado un lucido acto de dicha facultad, á que asistió la real Audiencia, honor que á muy pocos se dispensaba entonces. A los tres años se le confirió el mismo grado en derecho civil, previas diez lecciones sobre varias materias, por media hora, y un acto público de las doctrinas mas difíciles del derecho, que sustentó en el general de la Universidad, disfrutando en este el mismo honor que en el anterior.

Al año siguiente, es decir, en el de 1737, le fué dado caso para el exámen de abogado que sufrió en efecto, tan temprano, por habersele dispensado el tiempo que la ley exigía, por favor del virey. De suerte, que abogado á los diez y nueve años, se encontró entonces en aptitud de emprender otros estudios á que su inclinacion le llamaba, y libre absolutamente para hacer nuevas investigaciones y examinar nuevos objetos.

Contribuyó á esto muy eficazmente el encargo que su padre el Lic. D. José de Veytia, oidor decano de la Audiencia y primer superintendente de la casa de Moneda, le hizo luego que hubo concluido su carrera. Fué el de pa-

sar á Madrid á desempeñar muchos y complicados asuntos que tenía en la corte, con cuyo objeto le confirió un poder amplísimo. Para obsequiar la voluntad paterna, salió de México el 11 de abril de 1737, y el 10 de mayo del mismo año, de Veracruz, como consta de un diario de viage que llevó con la mayor exactitud, y del que conserva en su poder el primer tomo el Sr. D. Francisco Ortega, nuestro digno colaborador, á quien debemos los datos para esta biografía, pues casi nada se sabia de Veytia, hasta que dicho señor logró despues de laboriosas investigaciones, formar la noticia biográfica que colocó al frente de la edición de la historia antigua de Veytia, que con notable aumento publicó el año de 36 (1).

El diario á que aludo, aunque manifiesta segun el Sr. Ortega, la poca edad del autor y haber sido hecho sin ninguna pretension literaria, con solo el fin de la particular instrucción, descubre sin embargo, un espíritu investigador y laborioso, seguro indicio de lo que Veytia fué mas adelante.

Un periodo de dos años es el que comprende el tomo de viages de que acabo de hacer mencion.—Desde abril de 1737 hasta marzo de 1739, en cuyo espacio recorrió España, Francia y Holanda, habiendo permanecido la mayor parte de este tiempo en la primera, por desempeñar los negocios que lo sacaron de su patria. Ni fueron estas las únicas partes que visitó, pues que concluidos los asuntos que le llevaron á la corte, tambien fueron objeto de sus investigaciones, Italia, Portugal, Inglaterra y Palestina, viajando siempre, no como el que lo hace por pura diversion y pasatiempo, sino como viaja el filósofo y el observador, estudiando la historia, las costumbres, los monumentos, cuanto habia de notable en cada país, y formando de todo ello curiosos y abundantes apuntes, en términos, que llegó á formar veinticuatro ó veinticinco tomos de á cuarto, cuyo paradero desgraciadamente se ignora.

Residió por algun tiempo en la isla de Malta, bajo la direccion del gran maestre de la orden por haber sido novicio en ella; y si hemos de dar entera fe á una carta biográfica de un hijo suyo, combatió á los infieles en los tercios de los caballeros de San Juan. Déjalo algun tiempo despues la cruz de dicha orden, para tomar la de Santiago, y se cruzó en efecto en el cole-

[1] Dicha edición que consta de tres tomos en 4.º de buena impresion y papel, con un retrato del autor y algunas estampas, se encuentra en la calle de las Escalerillas num. 2.

gio de niñas de Leganes de Madrid, el 29 de junio de 1742, habiendo profesado en el convento de San Agustín de la ciudad de Puebla, hasta el 19 de febrero de 68, por exigir la primera el celibato, ley poco conforme á sus miras futuras.

No se olvidó en este intervalo de su patria, pues que en todo él la visitó tres veces, hasta que muerto aquí su padre, y en España su primera esposa, vino á cuidar sus propios intereses. Se fijó en Puebla, donde casó por segunda vez con Doña Josefita de Aróstegui Sanchez de la Peña, dedicando desde entónces cuanto tiempo le dejaban libre la multitud de consultas que se le hacian como abogado, á poner en órden las numerosas apuntes y documentos que habia reunido, para poner por obra la grande empresa que tiempo habia meditaba—la historia antigua de México.

Grande fué el aprecio que se hizo en España y aun en Italia, de nuestro insigne compatriota. Prueba irrecusable de lo primero son las concesiones que le hizo el rey, así como la confianza que en varias ocasiones le manifestó (1), y de lo segundo una carta escrita desde Bolonia, en marzo de 1778, por el célebre historiador mexicano, el famoso ex-jesuita D. Francisco Javier Clavijero, y que conserva autógrafa el ilustre Sr. Dr. D. Francisco Pablo Vazquez, obispo de la Puebla. En ella, que no copio por ser demasiado larga, dá cuenta Clavijero á Veytia de tener concluida su historia, y de haber sabido por el marqués de Moncada, que se ocupaba en un trabajo semejante, aunque no

(1) Consta del título de caballero expedido por el rey en Buen Retiro, á 23 de junio de 1742, que ya estaba nombrado en esa fecha corregidor de México, cargo que no llegó á desempeñar sin duda, como dice el Sr. Ortega, por la repugnancia que manifestaba á cuanto tendia á distraerle de sus ocupaciones literarias.—Otra manifestacion del aprecio y estima en que le tenia el rey, es el nombramiento que de él hizo para el exámen y entrega de las librerías de los Jesuitas que se adjudicaron al Seminario de San Juan, comision árdua y que desempeñó de la manera mas satisfactoria. Y por último, despues de haberle ofrecido repetidas veces los empleos mas honoríficos, y concediéndole los mas raros privilegios, se cuenta que le regaló doce firmas en blanco para que á su satisfaccion las llenase. Este último rasgo por su misma magnitud debe dudarse, pues aunque, como juiciosamente nota el Sr. Ortega, estimaba en mucho Carlos III á los literatos, no es cosa frecuente que los reyes dispensen tamaños favores, tanto mas, cuanto que para ello se necesitaba la autorizacion del ministro. Mas si fuere cierto el hecho, es único en su especie y manifiesta por parte del rey una munificencia sin ejemplo.

se manifiesta en esto bien instruido, pues entendia que Veytia trabajaba en la historia general de Nueva-España, cuando como él, solo escribía la antigua de México. Le excita tambien á que le comunique sus descubrimientos; mas segun se conjetura, no llegó la carta á su destino por suponerse haber muerto ya Veytia, ó si llegó, no tuvo de ella Clavijero contestacion alguna, porque á haberla tenido, hubiera sin duda colocado á Veytia en la lista de historiadores de México que colocó al principio de su obra.

Pero lo que mas confirma á mi juicio el alto concepto que se tenia en Madrid de Veytia, es la órden que se dió al virey D. Martin de Matorgata, para que recogiese de sus herederos cuantos manuscritos hubiese dejado relativos á la historia antigua de México, y aunque esto haya sido, como sospecha el Sr. Ortega, porque estuviese escribiendo por órden superior, esto mismo sirve de apoyo á lo que pienso, pues que no es creible se diera una comision tan árdua, sino á un sugeto que reuniera todas las dotes necesarias para tamaña empresa.

Sea como fuere, lo cierto es que la órden para la entrega de los papeles se espidió, y la viuda puso en manos del gobernador de Puebla, á presencia de un escribano, el 25 de agosto de 1780, varios manuscritos concernientes á la historia de México, entre los que se hacian notables—un tomo que llevaba por título: „Barnates de México é historia de las cuatro sagradas imágenes de Nra. Señora, la historia de la fundacion de Puebla, y un mapa pintado de la antigua ciudad de México.

Ademas de la historia antigua, que es su principal obra, trabajó en otras varias, de no menor interés algunas. Tal es una historia eclesiástica, de la que conserva el Sr. Vazquez dos tomos (1) en borrador con llamadas, emiendas, y entremetimientos tan frecuentes y de letra tan mala, que, segun el mismo señor dice, no es fácil con tal confusion formar idea exacta de la obra, sino despues de un exámen muy minucioso y prolijo. Mas lo que puede suponerse por lo que de ella se entiende es, que varió el autor su plan reduciéndolo considerablemente, pues de historia eclesiástica pasó á escribir historia evangélica, que como lue-

(1) La carátula del primero dice así:—„Discursos académicos sobre la historia eclesiástica. Proferidos en la academia de los Curiosos, por D. Mariano Fernandez de Echeverría y Veytia, señor de la casa infanzona y solariega de Veytia, y caballero del orden de Santiago. Tom. 1.º en Madrid año de 1745.

go se advierte, es empresa mucho mas pequeña y sencilla que la primera. De esta historia evangélica posee dicho Sr. Vazquez un tomo escrito con bastante claridad y que comprende treinta y un discursos, precedidos de un preliminar sobre los cuatro Evangelios: el primero, *Sobre la concepcion en gracia de María Santísima*; y el último, *De la degollacion del Bautista, multiplicacion de los Panes, declaracion que con este motivo hizo Jesucristo de la institucion que iba á hacer de la Eucaristía, que no entendida por algunos de sus discipulos se separaron de su sagrada escuela*. Todos estos discursos tienen bastante mérito; y ademas de ellos hay otro tomo que comprende algunas otras piezas sobre diferentes asuntos (4). Como traductor merece tambien una especial mencion, pues que ha visto el Sr. Ortega una traduccion que hizo de las famosas Cartas Provinciales de Pascal, cuyo trabajo manifiesta no haber sido tan afecto á los padres Jesuitas como se le ha querido suponer.

Muy marcado se encuentra el gusto que tenía Veytia á las ocupaciones literarias, y mas particularmente á los estudios históricos, tanto en sus escritos originales, como en las compilaciones que frecuentemente formaba, pues que aun se conservaban el año de 36, y no sé si ahora sucederá lo mismo, entre los libros del difunto Sr. Maestrescuela, Dr. D. José Nicolás Maniáu, cuatro tomos manuscritos de papeles curiosos, recogidos meramente unos, y traducidos otros por Veytia.

Pero una de las circunstancias que contribuyó mas notablemente á la perfeccion y fino con que escribió su historia, fué la amistad estrecha que durante su residencia en Madrid llevó con el célebre y desgraciado anticuario Boturini, de quien recibió, como él mismo dice, las primeras nociones de las antigüedades mexicanas.

(4) Son las siguientes:—Arrenga que para la apertura de la academia de los Curiosos en Madrid hizo D. Mariano Fernandez de Echeverría y Veytia, el día 7 de setiembre de 1747.

Oracion nupcial en la solemne dedicacion de la misma academia, bajo la proteccion de María Santísima de Guadalupe de México, hecha por D. Mariano Fernandez de Echeverría y Veytia, en 14 de diciembre de 1747.

Oracion panegírica hecha por el mismo en la propia academia á la Resurreccion de Ntro. Señor Jesucristo.

Disertacion sobre la mayor utilidad entre la jurisprudencia y la medicina.

Otra disertacion sobre qué sea mas poderoso para destruir la amistad, los honores ó las riquezas.

Cuando volvió á Puebla, donde su padre despues de haber renunciado la toga (5) y la superintendencia de la casa de Moneda, habia obtenido la dignidad de chantre en la iglesia Cathedral, se entregó con el mayor empeño á sus estudios favoritos, sirviéndole entónces mucho el abundante museo de Boturini, que pudo consultar á su arbitrio, y aunque no se sabe si esta facilidad le vino de haber reclamado al gobierno dicho museo, como albaacea de Boturini, ó de las órdenes que dió el rey para que se le franqueasen las bibliotecas y se le ministrasen cuantos datos hubiese menester, es mas presumible lo segundo, tanto porque nadie ignora la resistencia que siempre opuso el gobierno á la devolucion del espresado museo, cuanto porque si se le hubiese entregado como albaacea de Boturini, no hubieran estado sus restos en la secretaria del vecinato, de la que se pasaron despues al archivo general, y de este, al museo nacional.

Varias son las razones para sospechar fundadamente que en la entrega que la vinda de Veytia hizo de los papeles de su esposo, se comprendió el manuscrito original de su historia antigua de México, exijido probablemente por el gobierno, como directamente interesado en los trabajos históricos de Veytia.

Tres fueron los hijos que tuvo: Fr. Antonio Maria de S. José religioso carmelita, muy instruido y que obtuvo los primeros cargos de su órden: murió en Puebla el 25 de diciembre de 1827. El Lic. D. Mariano que murió de cura en Otumba en 24 de abril de 1793, y D. Rafael, que fué subdelegado de Chetla, y vino á morir no hace muchos años á esta capital. Dos hijos de este último viven aun, el Lic. D. Manuel Veytia residente en Afixco y Doña Agustina en el convento de la Concepcion de esta ciudad.

No quiero dejar de hacer una mencion especial de dos sobrinos de nuestro autor, que se hicieron bastante célebres cada uno en su linea: fueron estos Sor Mariana de S. Juan Neopomuceno, fundadora del convento de religiosas capuchinas de Guadalupe, y D. Manuel Veytia que murió víctima de su entusiasmo por la causa de la libertad.

La primera que ya era religiosa capuchina de esta ciudad, estuvo luchando con todo género de obstáculos para llevar á cabo su proyecto de fundacion, desde 1773 hasta 1780. Despues de tan dilatado tiempo logró del rey

(5) Consta que le fué restituido el empleo de oidor por Real cédula de 7 de marzo de 1743, y que no llegó á tomar posesion de la chantría de Puebla.

que se espidiese la cédula de ereccion y se dió principio á la obra, en la que empleó tales diligencias y fué tal su empeño y constancia, que sin mas que dos reales con que se comenzó, vió concluida en poco mas de seis años la fábrica que tuvo de costo cerca de trescientos mil pesos.—El 15 de octubre de 1787 se abrió solemnemente y ella fué la primera abadesa.

D. Manuel, el sujeto de los sobrinos de que hice mencion y sujeto de excelentes prendas, tenía una mediana subsistencia con el Fielato de S. Andrés Chalchicomula que desempeñaba, y una pequeña hacienda de labor. Atendida su poca ambicion esto le hubiera bastado para acabar tranquilamente sus ancianos dias, aunque era por otra parte digno de haber ocupado otros puestos; pero su ardiente amor á su patria, haciéndole poco precavido, le precipitó en el sepulcro. Ya de edad sexagenaria manifestaba un entusiasmo por la libertad, digno de un joven, y mantenía sin la debida cautela relaciones con algunos de los gefes principales de la revolucion.

Esta falta, que en su edad solo puede atribuirse al mismo ardor patriótico que lo animaba, fué la que dió motivo á que se le sorprendiera (por culpa de un joven segun se dice) con

armas y municiones que conducía á Tecamachalco. Este hecho reputado por el gobierno como delito de lesa magestad tuvo el resultado que era de esperarse. El 16 de Julio 1816 fué fusilado en Puebla su patria. Día de luto para sus amigos y la ciudad entera, de gloria para él, y que no puede olvidarse por los amantes de la libertad, cuando fué derramada en él la sangre de tan ilustre mártir!

Aunque no ha podido encontrarse ningun documento por el que pueda señalarse con exactitud la época de la muerte de Veytia, puede conjeturarse sin embargo con algun fundamento, que acaeció el año de 1779.

He aqui cuanto podemos decir de la vida y obras de tan ilustre escritor. Estamos convencidos de no haber llenado dignamente la tarea que nos impusimos y para la que se necesitaria otra pluma; sin embargo, tenemos la satisfaccion de haber hecho cuanto ha estado de nuestra parte por hablar de una manera digna, de un hombre que como Veytia consumió su vida en servicio de la patria, siendo su mas bello ornamento, y dejando un ejemplo que mas que otro ninguno debería tener numerosos imitadores.

ENERO DE 1844.—M. ESTEVA Y ULIBARRI.

GALERIA ZOOLOGICA.

EL MONO DIPLOMATICO.

Le plus sot animal, á mon avis, c'est l'homme.
BOUZAU.

CANSADOS de arrastrar á duras penas nuestros esféricos pensamientos por la vida social, por la existencia fastuosa ó miserable, independiente ó esclava de los seres que, á no sé quien, pero sin duda por ironía, se le ocurrió llamar *racionales*, y por demas fatigados y mohinos de vagar, cual mayorazgo de casas ricas ó solariegos, viciosos y mal entretenidos, por este laberinto de entes que apellidan *sociedad*, solemos á veces levantar el espíritu á las regiones superiores de la naturaleza vegetal ó

animal: y digo superiores, porque si bien se hallan en ellas de Pascuas á Corpus Christi, algunos vegetales ó animales nocivos, hállase tambien en recompensa un número exorbitante mayor de benéficos; en tanto que, para tropezar con tal cual unidad de este último género entre los humanos, si cierto es que allá en tiempos antiguos y mejores, hubo un ciudadano Diógenes que encendiera, aunque estérilmente, una célebre linterna que arpepido apagó tal vez mas que de paso, ya en el ilustra-

do siglo que alcanzamos, no brota un solo tono que para aquel objeto se tome la molestia de encender ni un fósforo, magüer que estén tirados por las calles, y que no haya fumador, desde el que gasta frazada con agujeros, hasta el que usa *palotet-sac* con bordados y alamares, que no vaya provisto *ad usum suimetip-sium* de un par de cajetillas por lo ménos.

Pero dejando á un lado este punto de *luciferos*, porque apesta á demonio ó á infierno desde una legua, volveré á anudar el *meccate* de mi rota narracion, para decirnos cómo en cierta noche, en que absorbido en mis meditacion-es zoológicas, discutía yo en los vacíos aposentos de mi cerebro si el *mono*, por ejemplo, era la transición del hombre á los brutos, ó el *hombre* la transición de los brutos á los monos, acerté á atravesar la calle de San Francisco, cual el burro de la flauta, por acaso; y como á la sazón sonara una no muy armoniosa dentro de un zaguan, cuya puerta cubría una cortina interior, hubo de acercarme á saber lo que fuese el motivo de aquella singular música: salíome al encuentro un histrion, que alargándome afablemente la mano, mas no para saludarme como creí al principio, sino para exigirme políticamente el *por cuantosvos contribuísteis con la limosna de un real*, díjome enseñarse allí al generoso público mexicano por tan módico estipendio, un admirable é inteligente mono tirador de pistola, que habia no sin fundamento llamado la atención de las cortes europeas, y hecho sobre todo las delicias del rey ciudadano Luis Felipe, quien en un raptó de entusiasmo le habia concedido *breve* para ejercer exclusivamente por diez años en los dominios franceses, su honrosa y graciosa profesion. Esto, en mi humilde concepto, parecíome perjudicial al progreso de la civilization entre los monos, puesto que por favorecer á uno, impedía á los demas el ejercicio y mejora de un arte provechoso, y me demostró tal vez con harta triste evidencia, que los mismos monos no piensan en Economía política tan ranciamente como los hombres, incluso los del Siglo XIX, y que acaso por esta sola razon no seria tan absurdo pensar que fuese el hombre la *transición* de los brutos á los monos.

A fin de corroborar mas mi idea, porque á veces yo tambien suelo tener ideas, satisfice el preñado contingente, entré y dije para mi sayo: ¡feliz quien por tan poco dinero puede, abismándose en el mundo zoológico, sustraerse á la sociedad! Ni paré las mientes en la que al rededor mio miraba atentamente al hábil mono; sino que de las agudezas de este, pa-

sé por una metamorfosis natural y muy caracteristica de mi imaginacion, á fingirme una nacion de monos y á creerme en medio de ella; pasé, en una palabra, del individuo á la especie. Con monerías y agasajo recibíome la mónica sociedad, pero sin echarme en cara, como escritores de otros países, la hospitalidad de sus habitantes, y cual payo que ve por vez primera las grandezas de la capital ó de la villa, empecé á mirar atónito y á observar atentamente los diversos estados, clases y condiciones de la sociedad en que soñaba vivir. Monos elegantes y monas coquetas, militares monos, monos logreros, monos agiotistas, monos diputados, un mono ministro, un senador mono, y qué se yo que mas; pero nadie fijó mi atencion mas profundamente que un monito diplomático, que sin cursarse de mi llegada, peroraba ganoso y estridido, con las manos cruzadas sobre las cadenas, y en medio de un corrillo de taciturnos oyentes, que hubo de recordarme las alacenas de libros del Portal en dias de sesiones extraordinarias.

Era el mono delgadito y ruin de cuerpo, usaba anteojos sobre la remilgada nariz, y un gracioso peluquín sobre la calva cabeza; pero dejando descubierto gran trecho de la parte anterior del cráneo, á fin de que los no muy duchos en esto de peluquería y craneoscopia, creyeran ver en su espaciosa frente el signo infamable de una asombrosa inteligencia: contrastaban singularmente sus negras patillas, con su blanca apretada corbata y con sus dos chalecos de muy diferentes colores; revelaba su frac la diestra tijera de Cussac ó de Vangool, y oprimian sus angostos pantalones á dos fementidas piernas que terminaban en dos puntiaguas botas de charol.

„El memorandum del Lord Aberdeen,” decía, revela á los menos prácticos en los senderos de la ciencia, las prolongadas miras del gabinete de San James. La magestad del celeste emperador habria de conceder un humillante *acquitador* á las credenciales del embajador británico, en tanto que el gobierno del Reino Unido, se coloca al frente de los que sostienen el *statu quo* de la paz europea y del equilibrio universal. ¿Y á qué pensais que *atribuirse debe* (1) la diferencia de ambas situaciones, aceptadas *respectively* por ambos países? Mi espíritu observativo me ha hecho penetrar la causa, que no es otra sino que los ingleses beben rom y los chinos mascan opio; porque se-

(1) *Hesperiam* imitando, *lectoremque* aburriendo. — (Nota del narrador.)

gun la opinion de un célebre químico francés, llamado Mr. Guizot, en su historia de la revolucion inglesa, el *opion* produce alctargamiento en el espíritu y embota á la larga todas las facultades, en tanto que el rom, segun el difunto Taylorland, que era hombre muy entendido y bien guisado en el comercio de abarrotes, es el licor mas espiritinoso, y por consecuencia mas favorable al espíritu.... De mucho me servirán aquella esperloncia práctica y estrotras teorías para cuando me nombren diputado al quinto congreso constituyente que hemos de tener aua, y entónces pienso esplayar mis ideas en un luminoso discurso, cuyo encabezamiento será; *tabula salvatonis reipublicae monicae!*

Aquí descansó un momento el orador, tomó un polvo, y cobrando nuevo aliento, continuó diciéndonos como habia creído hallar en el gobierno de la Sublime Puerta y en las costumbres de los turcos, el prototipo de un buen gobierno y de unas buenas costumbres, adaptables á su patria, y en fin, de una civilization flameante acerca de la cual no habia podido tomar noticias muy pormenorizadas, cual deseaba, por el poco tiempo que estuvo de embajador cerca del Gran Sultan, quien celoso de él por la pasion violenta que habia inspirado á la sultana favorita, hizo que su gobierno le nombrase un sucesor. Hablónos de cómo bailó un wals alemán con una princesa de alto coturno en las bodas de la reina Victoria, á las que asistió como ministro de su nacion; de cómo besó los pies á su Santidad reinante, cerca de quien llevaba una mision tan secreta, que creo ni él mismo la sabia, ni la supo jamas el Pontífice; y en fin, de tantas cosas nos habló, que sordo, aturrido y desesperado maldije una, ciento y mil veces á todo diplomático mono, tan ridiculo y despreciable, como es digno de loa y estima el hábil y juicioso que representando dignamente á su país, obtiene en su favor ventajas mercantiles ó políticas, le evita guerras desastrosas, le hace temer y respetar acaso nada mas que con el auxilio de su propio talento, é incli-

na, en fin, á la humanidad á creer en la bellisima teoria de una paz universal y perpetua.

Afortunadamente, empero, para los que oíamos, aprovechando un estornudo del orador, interrumpíe otro mono aspirante á diplomático, que habia estado de *attaché* en diferentes legaciones. A juzgar por su esterior parisienue, sus pantalones de pliegues, su *paletteau* de color de ceniza de tabaco de la Habana, su laute y sus bigotillos, el mozo prometia largas esperanzas, y nos complaciamos todos en creer que la lid que se entablaba entre ambos campeones, daría materia abundante con que disipar el mal humor que el primer parlante nos habia inspirado; mas fué tan en *creciendo* el altercado por el amor propio ofendido del diplomático, y por la osadía del aspirante, que para evitar, si acababa la disputa en pescozones, el recibir alguno estraviado, retiréme á bastante distancia, desde donde oía solamente el rumor de las voces sin percibir el sentido de ellas. Sacóme de mi estupor un pistoletazo, que creí disparado por alguno de los contendientes diplomáticos, y no lo fué sino por el hábil monito *breve*, que habiendo llegado á la conclusion de sus monerías, daba á los concurrentes con la última, que era la pistola disparada, la señal de despejar el puesto para que le ocuparan nuevos espectadores. An medio soñoliento salí á la calle, en donde el aire libre refrescando mis ideas, me trajó á la memoria mi ensueño de hombre desperto. Y bien, dije para mis adentros, ¿no hallas gran analogia entre unos y otros? ¿quién es la transición que querias averiguar? ¿quienes son los hombres, y quienes los monos, Señor Zoólogo? Y respondíme á mi mismo, tambien aparte, como en comedia antigua, que unos son monos vestidos de hombres, y otros hombres vestidos de monos; pero que á pesar de todo y siguiendo la opinion de Boileau, el mas tonto de todos los animales es, en mi humilde concepto, el hombre, y de los hombres, el mono diplomático.

JUAN SOPENLLO.

LA NINFA DE LA FUENTE.

LEYENDA.

I.

Por los años del Señor de 1180, existía en un pequeño señorío de Alemania, el caballero Emerich de Drontheim. Heredero de un nombre puro y de un blason sin mancha, Emerich, tan luego como recibió el orden de la Caballería, marchó á hacer sus primeras armas al emporio de los guerreros cristianos, á Palestina. Muchos años se pasaron antes de que los habitantes de Drontheim celebrasen la vuelta de su señor, y en la época en que comienza esta narracion, Emerich habia vuelto, pero sus vasallos observaron con dolor la notable diferencia que habia entre el imberbe y apuesto garzon, que lleno de valor y de esperanzas habia salido de la morada de sus abuelos, y el hombre silencioso, tostado por el sol del desierto, y sumergido segun parecia en un oculto pesar, que á ella habia venido á entregarse á una calma misteriosa y sepulcral.

La lanza de Emerich se cubria de orin en el astillero, sus jaurias mostraban en vano el ansia con que deseaban salir á caza, y sus halconeros hostezaban á la puerta del castillo, viéndose sin ocupacion.

Entre tanto el baron de Drontheim, encerrado en una estancia apartada del bullicio, era el objeto de todas las conjeturas y de todas las conversaciones. No faltaban viejas caritativas que divulgasen bajo de reserva, por supuesto) que Emerich habia hecho pacto con el diablo: otros mas indulgentes, juzgaban que su conducta era el resultado de algun voto; y habia algunos que aseguraban á pié juntillas que el pobre caballero estaba próximo á perder el seso.

Una de las singularidades del baron era que solamente los viérnes salia del castillo, y aun entonces no lo hacia sino hasta que se habia obscurecido. Jamas volvia antes de la salida del sol. Vanas fueron las tentativas que hicieron los curiosos para averiguar cual era el objeto de estas escursiones nocturnas, y la vida del baron era un enigma que cada dia presentaba mas dificultades al que trataba de descifrarlo.

Sin embargo, no estaba remota la época en

que una circunstancia particular debia descubrir el arcano. Emerich cayó enfermo, y cuando llegó el día de su misteriosa expedición no pudo moverse de la cama. Conforme se acercaba la hora de su acostumbrada salida, su agitación se hacia mas y mas visible; por fin hizo un esfuerzo para levantarse, mas no pudo pasar de la puerta de su habitacion. Convencido de que era imposible salir, llamó á Hacem, fiel Sarraceno que le habia acompañado á su vuelta de la Tierra Santa, y le habló en estos términos.

„Recuerda, mi buen Hacem, que me debes la vida. Ningun motivo de queja he tenido en todo el tiempo que llevas de servirme; pero ahora voy á exigirte la recompensa del precioso don que te hice allá en los ardientes arenales de la Siria. Prométeme en primer lugar, guardar el mas profundo secreto respecto de la revelacion que te voy á hacer.”

„Lo prometo solemnemente amo mio.”

„Pues bien, escucha. Dirijete con precaucion á la fuente de Detmold, y dí á la persona que debe estar allí esperándome, que una enfermedad me impide acudir al lugar designado. Vé, y vuelve presto, y te recomiendo de nuevo el secreto.”

Partió Hacem inmediatamente, y al cabo de un cuarto de hora se encontró cercano á la fuente de Detmold. Conforme se minoraba la distancia que de ella le separaba, le iba sobrecojiendo una sensacion indefinida de temor; en vano hacia por sofocarla: la hora, el silencio y la soledad, contribuian mas bien á aumentarla, que á desvanecerla.

Llegó por fin al bosque de cuyo centro brotaba la fuente, y vaciló algun tiempo antes de penetrar á él. La gratitud venció al miedo, y al cabo, con corazon palpitante y paso poco firme, se dirigió al término de su expedicion.

Una voz suave y melancólica, cuyo misterioso concento vino á interrumpir el silencio de la noche, le hizo detener. Puso atencion y escuchó las siguientes coplas.

Vieco Mexicano.



LA NINFA DE LA FUENTE.

Tienen perfume las flores
 Para el alma venturosa,
 Le es dulce escuchar el canto
 Que la filomena entona.
 Cuando el alma de pesares
 Libre se vé y de zozobras,
 Todo el mundo le sonríe:
 La naturaleza toda,
 A sus ojos se presenta
 Deslumbrante, prestigiosa,
 Y un éxtasis de placer,
 Nuestros sentidos arroba.
 Mas si cruel infortunio
 Con su peso nos agobia,
 El mundo es vasto desierto,
 Pierden las flores su aroma,
 Y escuchamos con tristeza
 Abrumados de congoja,
 El canto apacible y dulce
 Que la filomena entona.

Cesó el cantar, y Hacem percibió á la luz de la luna una hermosa doncella que reclinada sobre un césped y medio sumergida en la fuente tenia los ojos fijos con tristeza en sus aguas, mas puras y diáfnas que el cristal. Brazaletes de flores adornaban sus brazos torneados y tan blancos como el ampo de nieve que se desprende de la cumbre del monte Pilâtre, su lengua cabellera flotaba suelta, y dejaba adivinar las gracias de su delicado talle. Un cendal blanco y sutil cubria sus mórbidas formas y esparcía sobre toda su figura una tinta vaporosa y aerea.

El Sarraceno la admiró por largo tiempo en silencio, y le pareció que aquella criatura celestial era una de las que el Profeta ha ofrecido á los fieles creyentes en el paraíso. Finalmente, se adelantó hacia ella y la dijo cual era el objeto de su venida.

„Está enfermo!” exclamó la doncella, „Emerich está enfermo! Decidle que esa nueva me parte el corazón. Decidle que mi alma le adora, y que deploro el destino fatal que me liga á este sitio. Si no, volaría á su lado, su abrasada frente se reclinaria en mi seno, y mis lágrimas la refrescarían. ¡Ah! Volad, volad, que sepa que mi amor es inalterable, que siempre es el alma del alma mía!...”

Un copioso llanto se desprendió de sus negros ojos y fué á mezclarse con el puro raudal de la fuente. Al día siguiente notaron con extrañeza los habitantes de Detmold, la fragancia que sus aguas despedían. Si hubieran sabido la causa, nada habrían extrañado, porque quien no conoce el perfume que exhalan las lágrimas arrancadas por el amor?

Hacem volvió á Drontheim, y refirió á Emerich lo que habia pasado. Aquella noticia calmó las penas del baron, quien se entregó al sueño sin presentir la desgracia que le amenazaba.

II.

Habia en el castillo una muger chiquitilla y pizpireta que parecia la movilidad personificada: sus manos, piés, cabeza, lengua etc., estaban en un continuo movimiento. El mayordomo á quien pertenecia aquella joya, puesto que los habia unido la coyunda matrimonial miraba con respeto y veneracion los raros talentos de su infatigable y cara mitad, y mas de una vez habia huido prudentemente por evitar el ser victima de ellos.

Margarita, que así se llamaba la buena señora, lenia una hija llamada Rosa, y á fuer de fieles historiadores, debemos confesar que la muchacha merecia el tal nombre, pues moza mas garrida jamas habia triscado por las colinas de Drontheim. Rosa era la niña mimada de la familia del mayordomo, y la tia Margarita solia repetir con tono fatídico y misterioso, que una gitana le habia vaticinado del modo mas solemne que Rosita llegaria á ser una gran señora. Este profético anuncio perseguía á la muger del mayordomo á manera de pesadilla, y usando de una lógica verdaderamente femenil, se habia formado el siguiente raciocinio.

„El baron mi amo es un gran señor y no se ha casado; mi hija tampoco es casada; luego si se casa con mi amo será gran señora, y he aqui cumplido el vaticinio de la gitana. Y luego,” añadía por conclusion, „hay quien diga que los gitanos no descubren el porvenir!”

Una vez fijada esta idea en el imagin de la tia Margarita, vigilaba cuidadosamente las acciones del baron á quien juzgaba ya como propiedad suya, y no fué una de las ménos celosas en hacer comentarios sobre las misteriosas salidas de Emerich.

La enfermedad de éste vino á despertar mas y mas la curiosidad de la madre de Rosa, y estuvo acechando con ánsia la vuelta de Hacem. El Sarraceno era hombre de bien á carla cabal, y solamente adolecia de una aficion decidida al vino del Rhin, cosa, que á decir verdad, no se avenia muy bien con los preceptos del Koran. Margarita sabia el pié de que cojaba; así es, que al salir del aposento de Emerich, le convidó á que echasen juntos un trago. Hacem condescendió como era de esperarse, mas la tia solamente pudo conseguir que le dijese adonde habia ido: en cuanto al objeto de su es-

pedición se mantuvo firme á pesar de las repetidas libaciones que hizo al dios de la alegría.

Por último, se dirigió á su aposento con no muy segura planta, y la muger del mayordomo se quedó cavilando sobre lo que acababa de oír. «¿A la fuente de Detmold!» decía. «¿Qué tenía que hacer en la fuente de Detmold? Ya supongo lo que puede ser. Pero no, no se saldrán con la suya. Antes han de saber lo que es Margarita Schreyer.»

III.

Ocho días despues de las ocurrencias que acabamos de referir, salió el baron de Drontheim con dirección á la fuente de Detmold. Descansaba en la fidelidad de Hagem, y ni remotamente sospechaba que Margarita era poseedora, aunque á medias, de su secreto. Pasó la noche al lado de la doncella de la fuente, y el primer albor de la mañana les sorprendió renovando todavía sus juramentos de constancia y amor.

Emerich imprimió un beso de despedida en la tersa frente de la niña, y volvió al castillo. Al salir del bosque le pareció percibir un bullo que se deslizaba entre la sombra de los árboles; mas luego juzgó que habia sido una ilusión y siguió tranquilamente su camino.

Nuestros lectores habrán ya adivinado quién era el bullo. En efecto, Margarita llegó al castillo despues que el baron y se puso á meditar su plan de campaña. Habia oído toda la conversación del caballero con la niña, y no pudo dejar de conocer que la predicción de la gitana eslabó á pique de salir errada; así pues, lo primero que hizo fué divulgar que su ama estaba en relaciones con un demonio que se le aparecía en la fuente de Detmold en figura de muger; y en una conferencia que tuvo con el padre Ricardo, capellan del castillo, le sugirió la idea de anatomizar la fuente y exorcizar al baron.

El padre Ricardo era hombre prudente, y conoció que si acometía á Emerich *ex abrupto* con las armas de la Iglesia, se esponía á recibir una orden de marcha y perder de esta manera el pingüe y descansado empleo que ocupaba al lado del caballero de Drontheim. Valióse, pues, de medios suaves é indirectos para lograr su objeto; mas nada pudo sacar en limpio. Emerich le dijo con aspereza, que se ocupase en cosas del cielo, que esa era su misión, y que le dejase hacer lo que mejor le cumpliera, puesto que ni á mil padres Ricardos tenía él que dar cuenta de sus acciones.

Tal era el estado que guardaban las cosas en el castillo, cuando una noche la niña de Detmold esperaba con impaciencia á su fiel caballero. Se acercaba la hora de su llegada cuando vió á una jóven que con el cabello desmenuado y bañada en lágrimas, se dirigia á ella. Su primer impulso fué ocultarse en las aguas de la fuente; mas el deseo de saber qué buscaba á aquella hora y en aquel sitio apartado la hizo permanecer.

La doncella se acercó y la dijo con voz interrumpida por los sollozos:

«¿Conocéis al baron Emerich de Drontheim?»

«Le conozco,» respondió la niña.

«Pues bien, escuchad,» dijo la jóven. «Emerich es un traidor. Su desvío me habia causado un acerbo dolor; mas ahora que he sabido la causa de él, mi corazón no da cabida mas que al despecho. Me aseguran que en este lugar tiene entrevistas con una doncella de las cercanías. Decidme, por piedad, ¿esto es cierto? ¿Le habeis visto? ¿habeis escuchado aquí alguna vez su voz?»

Calló la incógnita, y la niña no pudo contener la efusión de su alma.

«¡Inmortalidad!» exclamó, «¡don fatal! ¿Por qué no me es dable dejar de existir en este instante? No temais, hermosa doncella, el infiel Emerich volverá á vuestros brazos.»

El galope de un caballo se oyó en aquel momento y la jóven huyó desfavorida.

«Mucho he dilatado, vida mia,» dijo Emerich al apearse; «mas no ha dependido de mí. La muger de mi mayordomo está en agonía y....»

«Basta ya de falsedades,» interrumpió la niña con airado acento. «¿Qué mal sienta la mentira en boca de un soldado de la cruz! Jamas hubiera yo tenido sospecha de vuestra lealtad; pero afortunadamente ya me he desengañado. De hoy en adelante no me volveréis á ver.... Adios!»

La niña se sumergió en su palacio de cristal, y Emerich con el corazón traspasado de dolor volvió á tomar el camino de Drontheim. Al día siguiente salió del castillo acompañado de Hagem.

IV.

Muchos años se habían pasado. El musgo y la yedra cubrian las torres y muros del castillo de Drontheim, abandonado por sus habitantes, cuando una tarde al ponerse el sol, un anciano doblegado por la edad y el cansancio se dirigia á paso lento á la fuente de Detmold. Llegado que hubo á ella se sentó sobre un césped; y su respiración entrecortada y sus desencajadas

facciones, daban clara muestra de que muy pocas horas le quedaban de vida.

Cuando recobró algún aliento, exclamó con débil voz:

«En vano he vagado por todo el universo. Mi pena no ha minorado. El infortunio ha surtido hondamente mis mejillas, y mi vigor me ha abandonado para siempre. Y tú, amada mia, ¿te conservas tan hermosa y tan lozana como en aquellos días de ventura que jamas han de volver para mí?»

El anciano calló abrumado por el dolor. La niña oyó su lamento, y salió de su morada subterránea.

El moribundo lanzó un grito al verla. «¡Amada mia,» dijo, «no te he sido infiel!» y espiró.

La niña recogió su cadáver é hizo que del sitio donde fué sepultado, brotase una hermosa flor azul, que todavía es llamada por los habitantes de las cercanías: NO ME OLVIDES.

AGUSTIN A. FRANCO.
México, Enero 29 de 1844.

BELLEZAS DE SHAKSPEARE.

Sein Ruhm wird auch in den folgenden Jahren derten fortfahren gewulit anzuwachsen, wie eine von den Alpen herunterrollende Schneelawine.

Y su fama continuará aumentándose irresistiblemente en los futuros siglos, como la masa de hielo que el huracán derrama de la cumbre de los Alpes.—A. W. VON SCHLIZEN.

ENCONTRAMOS á veces en la poesia lirica algunas composiciones sueltas de tan relevante mérito, que aun sin entrar en mas indagaciones, damos en medio de nuestra admiración el título de poetas, digo mas, de grandes poetas, á aquellos que las escribieron. Otro tanto acontece en el género dramático, en el cual, un cuadro aislado que se entresaca de los demas que forman el conjunto, ó mas claro, una escena por sí sola puede contener primores de tal naturaleza, que por poco versado que uno esté en materias de buen gusto, no puede menos de reparar que tal pintura precisamente ha sido concebida por un génio profundo, y trasladada al lienzo por una mano maestra.

Cuan importante sea escudriñar, analizar una por una las bellezas que encierran las inmortales obras de los grandes ingenios, despues de haber experimentado el admirable efecto que en nuestra alma produce el todo de cada una de ellas, es una verdad tan manifiesta, que no perderemos el tiempo en inculcarla. Si, nos será lícito decir, que semejante estudio suhe al mas alto grado de interés cuando recae sobre un escritor, que como Shakspeare, ha dado tanto que meditar, tanto que escribir y aun que adivinar á los mas sabios criticos modernos, y cuyas inmensas concepciones, tan

varias é inagotables como la naturaleza misma que las inspiró, darán materia abundantísima de estudio, no ya al presente siglo por mas analítico que se le suponga, sino tambien á las generaciones venideras. Bástenos, en suma, recordar que Goethe, el poeta de la inteligencia, ha dicho hablando de Shakspeare, «que una mente creadora no debia estudiar mas de una pieza suya cada año.»

Traducida directamente del original inglés, presentamos hoy á los lectores una escena de aquellas en que el hombre que mas ha creado, segun Alejandro Dumas, se muestra mas imitable y mas profundo conocedor del corazón humano. Es la pintura que el Lord Byron mismo temió bosquejar en su *Don Juan*, por temor de una comparación; baste finalmente, anunciar, que es la escena del *Otelo*, en que el tragico inglés nos hace ver lo que son

LOS CELOS.

Recóman.— Desdémóna durmiendo en la cama, una luz Entra Otelo.

Otelo.—Esta es la causa, esta, ¡oh alma mia! Mi labio no os lo dirá, castas estrellas; pero sí es la causa. Con todo, yo no derramaré su san-

gre, ni haré una cicatriz en ese cuerpo mas blanco que la misma nieve, y que tan terso es tan pulido, cual monumento de alabastro. (Dedone la espada).—Pero ella debe morir, que si no, engañará á otros hombres.—Por ahora matemos esta luz, y luego... luego apagaremos otra llama, la llama de una vida.—Si yo estingo la luz de esta lámpara flameante, y me duele de haberlo hecho, en mi mano está volverle á dar su brillo primitivo; mas si la tuya apaga, ¡oh dechado de hermosura, en que naturaleza se excedió á sí misma! ignoro dónde encontraré aquel fuego que sirvió á Prometeo, con que yo pueda volverte la luz que te hubiere robado.—Si yo arranco esa rosa, no podré conseguir que viva y crezca; por fuerza ha de ponerse mustia y marchitarse.—Sorberé, pues, su aroma, mientras que permanece unida al tallo. (La besa).—¡Oh! aliento embalsamado, bastante poderoso casi á persuadir á la justicia misma, que rompa la espada—uno mas... otro todavía. Conserváste a sí después de muerte, y entonces si te arrebató la vida para volverte mi amor, un beso mas te doy, es el postrero. Beso tan dulce, jamas fué tan funesto.—Se me saltan las lágrimas ¡hay lágrimas tan crueles!—Este dolor que siento, hace lo que el cielo, aquello que mas ama, aquello atierra.—Ya despierta.

Desdemona.—¿Quién está ahí—*Otelo?*

Otelo.—Ay, Desdemona.

Desd.—¿Descais venir al lecho, señor?

Otelo.—¿Te has encomendado á Dios esta noche, Desdemona?

Desd.—¡Ah!—Señor!

Otelo.—Si allá en tu mente encuentras algún crimen que el cielo no te haya perdonado, ¡impetra su misericordia, luego, al punto!

Desd.—¿Ay de mí!—¿Qué me quereis decir, señor?

Otelo.—¡Hazlo, y se breve;—yo entretanto me estaré paseando.—No quiero, no, aniquilar tu espíritu desapercibido.

Desd.—¿Ya de matar hablais, señor?

Otelo.—¿Ay de mí!—Si tal.

Otelo.—Pues no hay remedio.—Ten piedad de mí ¡oh Dios!

Otelo.—¡*Amén!*—De todo corazón lo digo.

Desd.—Si tales palabras pronunciáis, yo espero que no me mataréis.

Otelo.—¡Hum!

Desd.—Y sin embargo os tomo, porque sois terrible siempre que vuestros ojos centellean, así, como ahora; mas ¡por qué he de temer? yo en mí no hallo culpa alguna;—á pesar de todo, me siento sobrecogida de terror.

Otelo.—Piensa ya en tus culpas.

Desd.—Mi única culpa es haberos amado.

Otelo.—¡Ay! que tienes de morir por ello.

Desd.—Es inhumano, es cruel, dar á alguien la muerte, tan solo porque ama.—¿Ay de mí! ¿por qué os mordeis el labio? ¿qué sangrienta pasión hace temblar vuestras carnes?—Sinistros son á fé estos indicios, mas yo espero que á mí no me traen mal.

Otelo.—Sosígate, y escúchame.

Desd.—Así lo haré, ¿qué quereis de mí?

Otelo.—Aquel pañuelo de que hacia yo tanto aprecio, y que te di,—lo has presentado á Casio.

Desd.—Por vida mia que tal no hice, por mi salvacion lo juro. Haced llamar á ese hombre y preguntádselo.

Otelo.—Guárdate del perjurio, guárdate, alma candida; haz cuenta que estás en tu atahud.

Desd.—Mas no para morir aún, lo espero. ¡Ay misera de mí!

Otelo.—Si, para morir, y en breve.—Así pues, confiesa abiertamente tu pecado, porque negar con juramento un solo ápice, mal puede oscurecer, mal puede destruir la evidencia que tengo de la verdad, de esa verdad que me hace dar gemidos.

Desd.—Entónces, ¡Dios mio, tened misericordia de mí!

Otelo.—Yo repito un *amén.*

Desd.—¿Vos mismo no os apiadais de mí?—Yo nunca os he ofendido, en mi vida, jamas amo yo á Casio; de ese culpable amor que el cielo reprueba, jamas le di yo muestras.

Otelo.—¡Por Dios vivo!—Ese pañuelo mio, lo he visto yo en sus manos.—Ahi perjura muger! tú vuelves mi corazon en duro mármol, tú haces que lo que voy á ejecutar, me parezca á mí mismo asesinato, cuando lo juzgo expiacion y sacrificio.—En ageno poder he visto ese pañuelo.

Desd.—El lo tomo entónces, pues yo no se lo di.—Yenga, pues, y hable la verdad.

Otelo.—Ya la ha confesado.

Desd.—¿Pues qué dice? señor!

Otelo.—Lo que dice es: que tú le fué favorces.

Desd.—¿Cómo así ilicitamente?

Otelo.—¿Ay Dios!

Desd.—No lo volverá á decir.

Otelo.—Claro es que no, pues ya su boca es mudada. El buen Yago ha tomado al efecto sus medidas.—

Desd.—Fundado es mi temor.—¿Y qué ha muerto?

Otelo.—Si una vida en cada cabello hubiera tenido, otras tantas le habria arrancado mi venganza.—

Desd.—Vendido fué—¡ay Dios! y yo perdida.

Otelo.—Y te atreves á llorarle en mi presencia! avara! infame!

Desd.—Desterradme de vos Señor, mas no me deis muerte.

Otelo.—A tierra! prostituta!

Desd.—Matadme mañana; dejadme la vida esta noche siquiera.

Otelo.—No.—Por mas que hagais—

Desd.—Tan solo una media hora.—

Otelo.—Demos fin á la duda.—

Desd.—Una oracion diré,—solo una.

Otelo.—Ya es muy tarde.— (la sofoca).

Nuestro caro amigo D. Ignacio Rodriguez Galvan, que al melancólico nûmen con que á Dios plugo dotarle, reûnia un gusto finisimo y un criterio nada comun en materias literarias, es quien por mero pasatiempo estampó en una carta escrita muy de prisa las atinadas observaciones que siguen, sobre las bellezas que encierra la anterior escena. Tenemos un placer sumo en copiarlas aquí, aunque nos consta que son solamente algunas de las infinitas que en vista de la traducción del original le ocurrieron, y que habria él amplificado con la atinencia que solia; pero que nosotros por respeto á su memoria, nos contentamos con reproducir sencillamente.

L. M. de C.

“Laroche dice: “Se abre la escena en medio del monólogo de Otelo; el poeta no nos da mas que su última parte. Estas palabras, *¡he aquí la causa!* se refieren á alguna cosa dicha antes. Es probable que Otelo se haya preguntado qué causa ha podido producir la inconstancia de su muger, y se detiene en la idea de que la causa es su color. ¡Hé aqui la causa! esclama entónces. Los comentadores se han fatigado en conjeturas; creemos que nuestra explicacion es la mas natural y sencilla.” A lo que responde el comentador de nuevo cuño.—Otelo dice: “¡Hé aqui la causa, la causa oh alma mia! no la nombraré delante de vosotras, castas estrellas.” Decir que un hombre es negro no ofende de la castidad de nadie; ademas, me parece la idea demasiado frivola en este momento. Otelo no comienza por la mitad del monólogo, sino por donde debe comenzar; viene distraido, fija en la mente la idea de que va á quitar la vida á una muger que ama entrañablemente, lo cual se le hace muy duro; pero reflexiona que ella tiene la culpa habiendo cometido *adulterio*; y *¡esta es la causa, oh alma mia!* y no tu ferocidad; la causa es, pues, el *adulterio* que no dom-

brará delante de vosotras, castas estrellas; por no ofender vuestro pudor.

“La presunción de su siglo y la mania de pûlirlo todo, indujo al célebre autor del *Asufar*, Ducis, á destrozar el *Otelo*. Comenzó por sustituir nombres *poéticos* á los *prosaicos* de Shakespeare, á Cassio le llamó Loredano, á Brabancio, Odaforbo, á Desdemonia, Edelmine (Edelmira); á Emilia, Hermancia; á Rodrigo, Pésaro, y arrancó el personaje de Yago, que es, como dice Vigny, arrancar del Génesis la serpiente. Le pareció demasiado plebeyo un pañuelo y lo convirtió en diadema; en fin, convirtió al áspero africano Otelo en Monsieur Otelo, caballero francés muy elegante en el decir, y muy ajustado á las reglas del buen tono. En el drama de Ducis que es el que se representa entre nosotros, llega Otelo con firmes intenciones de no matar á Edelmira, y concluye diciendo, que bueno será que él muera. Despierta la jóven sobresaltada diciendo: “¡Cielos! ¿qué es lo que veo? ¿sois vos, Otelo? y este responde friamente: “Calmaos, yo soy.” ¡Qué diferencia de esto al original! Sigue una helada alteracion sobre la diadema y una carta; en fin, celos á la parisienne; y por fin la mata, despues que la otra se ha disculpado bastante, contándole una larga historia. Han sido desechados como de mal tono es indignos del coturno trágico, la *causa*, los besos, el terrible *amen*, los *labios mordidos*, el *Hum!* etc. etc. etc. Porque, en efecto, figurémonos á un actor declamando en aquel consabido tono, y luego salir con *Hum!* La sencillísima expresion: “¿Hablais de matar?—Deso hablo,” está sustituida en la imitación de Ducis, por: “Preparaos.—¿A qué?—Os lo dice este acero. (Ce fer doit vous instruire)” Aquí hay mas elegancia que en lo otro, no cabe duda. Quien desechó por rudo aquello, ¿cómo habia de llamar *prostituta* á Edelmira?”

“Así como los malos poetas tienen cierto aire de familia que nunca desmenten, los poetas gigantes lo tienen tambien. Calderon y Shakespeare, sin conocerse, coincidieron mas de una vez.—No quiero matarte sin que estés preparada; no quiero matar tu vida.—(Shakespeare).” Salva tu alma, que tu vida es imposible.” (Calderon.—El médico de su honra).

(*) De intento no se podian haber elegido nombres mas improprios que los sustituidos por Ducis, pues todos son enteramente *góticos* aplicados á personajes *renesca-*nos, al paso que los otros son lo que deben ser, nombres italianos.

L. M. de C.

REFLEXIONES

SOBRE EL COMPENDIO DE LA OBRA DE LORD KAMES, TITULADA:

ELEMENTOS DE CRITICA.

Hace algunos años, y cuando apenas había entrado en la pubertad el que esto escribe, que la persona encargada entonces de su educación, puso en sus manos la obra cuyo título va al frente de este artículo. La fuerte impresión que hizo en su ánimo, se ha ido fortaleciendo en lugar de desvanecerse desde aquella época; y testigo de la poca atención que hasta aquí se ha puesto entre nosotros en un ramo tan importante de los conocimientos humanos, se atreve ahora à esponer acerca de él su humilde opinión, con la desconianza que es natural à todo el que tiene muy bajo concepto de su capacidad.

Las ventajas de la critica están fuera de toda duda, mas acaso no es muy conocido el alto grado à que pueden llegar.

Echemos una ojeada sobre nuestro método de enseñanza, y veremos que despues de gastar algunos años en estudiar lenguas, se verifica una transición violenta, y el alumno se ve trasladado como por encantamiento à la escurrosidad y encumbrada senda de las ciencias abstractas. La cadena de la educación se encuentra rota, y nos admiramos de la repugnancia y el hastio con que generalmente se ve el estudio de la filosofía, sin tratar de investigar cual pueda ser la causa. Jamas se ha buscado ese eslabon que falta y que es necesario suplir: y de esto dimana, en mi pobre concepto, la falta comparativa de verdaderos adelantamientos en la parte mas sublime de la educación intelectual.

En la enseñanza de las artes vemos que el alumno es conducido paso à paso, y hay en los conocimientos que se le van impartiendo una verdadera gradación. El dibujante no pasa à retratar las diversas facciones de la naturaleza, antes de que haya aprendido à trazar con destreza las líneas con que ha de lograr trasladarlas fielmente al papel.

Si aplicamos este mismo principio al cultivo del entendimiento, veremos que esa gradación

se puede conseguir haciendo que el estudio de la critica preceda al de la filosofía. No hay cosa que pueda prepararnos mejor para las investigaciones abstractas, que esa lógica encantadora que nos hace analizar las bellezas de la música, de la poesía, de la pintura. La práctica de raciocinar sobre asuntos tan agradables llega à ser un verdadero hábito; y una vez contraído este, los juicios que formamos son mas sólidos, la facultad de raciocinar adquiere vigor, y nos encontramos en aptitud de pasar à investigaciones de un orden mas elevado.

Al comparar los raciocinios metafísicos y matemáticos con los que formamos por medio de la critica, veremos que la balanza se inclina del lado de estos últimos. Aquellos no tienen por objeto mejorar el trato de sociedad, ni son tampoco aplicables à los negocios comunes de la vida; en tanto que estos nos suministran materia útil y grata para la conversacion, y al mismo tiempo nos proporcionan medios de portarnos con dignidad y propiedad en el cuerpo social.

La critica no solamente mejora el entendimiento: su influencia se estiende hasta el corazón. Prolijo sería por cierto enumerar todos los bienes que nos acarrea un gusto bien formado, y ageno del objeto que se ha propuesto el autor de estas reflexiones: él no trata de escribir una disertación sobre la critica; quiere puramente recomendar la obra de Kames, intimamente convencido de que si se introdujera su estudio en los colegios de la república, el resultado sería tan provechoso para los alumnos, como grato para todo verdadero amante de su patria.

Los „Elementos de Critica“ están escritos en un estilo luminoso y con una rectitud de juicio, que son verdaderamente admirables. Una dición pura y castiza, un modo filosófico de tratar las cuestiones, un método fácil y sencillo, un gusto fino y delicado, tales son las prendas que mas brillan en la obra de Lord Kames. Su li-

bro es uno de aquellos que nos encantan, al par que nos instruyen, y puede asegurarse sin temor de errar, que la lectura de una sola de sus páginas basta para comunicar ideas tan útiles como nuevas.

El único obstáculo que pudiera oponerse à la adopción de los „Elementos de critica“ en nuestros colegios, es el de no estar traducidos. Parece débil à primera vista; mas es preciso confesar que no lo es en realidad. Kames era inglés, y adaptó su obra à sus compatriotas. Así es que à pesar de que usa ejemplos en otras lenguas, la mayor parte está tomada de los escritos de sus paisanos. El menos entendido conocerá que al tratarse de introducir esta obra en un país donde se habla la lengua castellana, el traductor debe esforzarse en presentar ejemplos de escritores españoles. Esta tarea es tan laboriosa como difícil, y à ella se reúne la necesidad de alterar en algunas partes el testo original.

Sin embargo, este inconveniente no es tal que sea imposible superarlo. ¿Qué proporcion guarda lo penoso del trabajo, con las incalculables ventajas que de él deben resultar? ¿Y qué mas digna recompensa para el que emprenda ese trabajo, que la dulce satisfaccíon de haber añadido una columna al vasto edificio de nuestra enseñanza general?

No faltará quien quiera que se introduzcan mas bien las *Lecciones* de Blair, que no los *Elementos* de Kames. La respuesta es fácil: la obra de Blair, reúne à su volúmen el defecto de estar mal traducida; y si se insta diciendo que existe un compendio de ella, bastará recorrer las páginas de este para convencerse de su insuficiencia, y del poco fino con que fué formado. No sucede esto respecto de la obra de Lord Kames. Jamieson publicó de ella en Lóndres el año de 1823, un excelente compendio, y el que Frost dió à luz en los Estados-Unidos, es preferible à este por varias razones, y en particular porque contiene una serie de preguntas al fin de cada Lección.

Pero baste por ahora. Acaso en lo de adelante se encargará el Liceo de tratar con mas estension un punto de tanta importancia.

AUGUSTIN A. FRANCO.

DIA NUBLADO.

Vano desde la aurora
Volví al Oriente mis ojos,
De un sol de invierno esperando
Los resplandores dudosos.

No vi las tintas de grana,
Ni los celages de oro
Que en pliegues de luz y sombra,
En ondas de azul y de ópalo,

Flotan sobre el sol gaciente,
Como pabellones rojos
Sobre la cuna tranquila
De un monarca niño y blondo;

Ni la ráfaga que toca
Del astro al trémulo globo,
Y lentamente se aparta
Despues de ceñirle en torno:—

¡Beso y abrazo de madre
Al hijo inocente y mozo,
Cuando del hogar paterno
Parte à paisajes remotos!—
TOM. I.

Vi solo à la sombra oscura
Desde el horizonte lóbrego
Guiar sus pasos de niebla
Por el firmamento todo.

Vi à las cenicientas nubes,
Desplegar su espeso toldo,
Correr, juntarse y formar
Nubarron inmenso y solo,

Que bajando hácia la tierra
Negro, triste y silencioso,
Parecer al cielo hacia
Mas cercano de nosotros.

El aire pasaba frío
Por los árboles del soto,
Que sin hojas en la ramas,
Crujían con rumor sordo:

Los flacos miembros desnudos
De algún mendigo andrajoso,
A su contacto de hielo
Se entumescían; y atónitos,
18